LECTURA ORANTE DEL EVANGELIO: LUCAS 2,41-52

DOMINGO DE LA SAGRADA FAMILIA

Sin otra luz y guía sino la que en el corazón ardía (San Juan de la Cruz)

Los padres de Jesús solían ir cada año a Jerusalén por las fiestas de Pascua. José, María y Jesús viven en familia el amor compartido. Como tantas familias, aman y cantan, trabajan y sueñan, viven en una intimidad abierta a todo el pueblo creyente. Juntos respiran la fragancia de la vida, sienten los mismos latidos del amor. *Así quiero orar: respirándote, Señor, amándote en familia.*

El niño Jesús se quedó en Jerusalén sin que lo supieran sus padres. Jesús es la alegría para José y María. Pero, ¿qué pasa si Jesús se pierde? Entonces la alegría se les

esconde y solo cabe buscar, luchar por recuperar su presencia, desandar caminos porque ningún camino sabe a nada sin él. ¿Cómo vivir sin su voz, sin su tacto, sin su cariño? La búsqueda es la expresión visible del amor. Orar es buscar a Jesús. Buscando mis amores iré por esos montes y riberas La búsqueda es una hermosa expresión de amor. *Me arrepiento de no haberte buscado con una pasión de amor.*

¿Por qué nos has tratado así? ¿A quién agarrarse cuando el amor de sus ojos se pierde? El silencio de Dios constituye para el creyente una dolorosa prueba. Hasta el agua y el pan saben amargos. Pero la vida no se puede parar ni ocultar. José y María siguen juntos en la búsqueda y un sentimiento de júbilo inenarrable les embarga cuando encuentran a Jesús. *Jamás te echaré la culpa, Señor. Te buscaré con toda la Iglesia hasta encontrarte.*

¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre? Una flor es sin por qué, florece porque florece (Silesius). La casa del Padre es la casa de la vida, donde todo se estremece por la misericordia. Jesús aprende junto al Padre el canto a la vida. Su entrega será un perfume de vida. Jesús hará de su vida un pan que se parte para dar vida, una fuente que no deja de manar, un perfume que llena de buen olor toda la casa. Jesús está en la casa del amor. Orar es aprender a vivir, reconocer las huelas y caricias que ha dejado en nuestro cuerpo el Alfarero. *Gracias, Jesús, por regalarme la vida, por enseñarme a descubrir, en la casa del Padre, el secreto lenguaje de las cosas.*

Su madre conservaba todo esto en su corazón. María va de asombro en asombro en su viaje a la interioridad. En los adentros ve las cosas con los mismos ojos de Dios. En el corazón María prepara sus manos amorosas de Madre que amparan en toda tempestad. Para que el vaso rebose, ha de irse llenando primero poco a poco; hay que atravesar la noche para llegar al día. María se retira al corazón, donde el Espíritu susurra: ¡Abbá! Padre. *La vida me brota porque no se puede taponar el manantial.*

CIPE Diciembre 2009

Cipecar
www.cipecar.org